

Olvidar las ofensas recibidas  
P. Fernando Pascual  
2-7-2025

Nos cuesta perdonar las ofensas. Pero Cristo fue claro al enseñarnos el Padre nuestro: hay una conexión entre perdonar las ofensas de otros y ser perdonados por Dios.

San Juan Crisóstomo lo explicó en una de sus *Homilías sobre el Evangelio de san Juan*. Tras recordar la frase del Padre nuestro, “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (*Mt 6,12*), añadía:

“Yo sé bien que el alma no soporta de buen grado las ofensas; pero si pensamos que sobrellevándolas, no favorecemos precisamente al que nos causa daño, sino a nosotros mismos, presto arrojaremos lejos el veneno de nuestra ira”.

No perdonar a quien nos debe algo, en el fondo, es dañarnos a nosotros mismos, como Cristo explicó en el Evangelio: “Aquel que no perdonó a su deudor los cien denarios, no hizo daño a su consiervo sino a sí mismo se hizo reo de infinitos talentos que antes se le habían condonado” (*Mt 18,30-34*).

No perdonar al otro lleva a no perdonarnos a nosotros mismos. Por eso tenemos que aprender a perdonar, incluso aprender a olvidar las ofensas recibidas. Así sigue Crisóstomo:

“No nos acordemos de las ofensas de nuestros consiervos. Ejerce tú primero en ti la justicia y luego seguirá la obra de Dios. Tú mismo redactas la ley del perdón y del castigo y tú mismo eres el que sentenciará. De modo que en tus manos está que Dios se acuerde o no se acuerde de tus pecados”.

La enseñanza se encuentra también en san Pablo (*Col 3,13*), que ordena perdonar completamente, hasta el extremo, de forma que no quede ya nada de lo ocurrido.

Ese fue el modo de actuar de Cristo: no nos recordó nuestros pecados, sino que borró el documento que nos condenaba y no tuvo en cuenta nuestras culpas, como recuerda Crisóstomo citando *Col 2,14*.

La aplicación es obvia: “Pues procedamos nosotros de igual modo: ¡olvidémoslo todo! Únicamente tengamos en cuenta el bien que haya hecho aquel que nos ofendió; pero si en algo nos molestó, si algo odioso hizo en contra nuestra, borremos esto de nuestra memoria y arrojémoslo lejos: que no quede ni rastro. Y si ningún bien nos ha hecho, tanto mayores serán las alabanzas y recompensas para nosotros que perdonamos”.

Además, olvidar las ofensas recibidas es un modo fácil y asequible a todos para ser perdonados. En vez de hacer vigilias, dormir en el suelo o sacrificarse de muchas maneras (cosas que algunos hacen para ser perdonados), basta con un acto sencillo para lavar los propios pecados: olvidar las injurias.

Lo contrario es una locura que nos daña. Sigue así nuestro santo: “¿Por qué, a la manera de un loco furioso, mueves en tu contra la espada y te excluyes de la vida eterna, siendo así que convendría poner todos los medios para conseguirla?”

Ese es el secreto: amar al prójimo, sea con el perdón, sea evitando la envidia o palabras ofensivas, sea con el hecho de compartir los bienes que poseemos. Entonces recibiremos gratis lo que gratis compartimos. Y nuestras ofensas serán perdonadas porque supimos perdonar y olvidar las ofensas de nuestro prójimo.

(Los textos de san Juan Crisóstomo aquí recogidos pertenecen a la *Homilía 39* de sus *Homilías sobre el Evangelio de san Juan*).